La imagen de Manuel Godoy en el libro «Les français en Espagne. Souvenir des Guerres de la Péninsule (1808-1814). Del coronel Chalbrand (1773-1854) | 1

Francisco Vicente Calle Calle.

Esta ponencia es, principalmente, la traducción de las páginas dedicadas a la figura de Manuel Godoy en la obra titulada *Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814)*, publicada en Tours en 1856, por el editor Just Jean Étienne Roy, (1794-1871). En dicha obra se transcriben, como señala el propio editor en el prólogo, “los recuerdos de las Guerras de la Península” de un coronel del ejército francés apellidado Chalbrand, recogidos por diferentes amigos y familiares y completados con diversos documentos históricos como proclamas, órdenes del día, actas oficiales, etc.¹.

Poco sabemos de la biografía de dicho coronel, excepción hecha de las fechas de su nacimiento y muerte (1773-1854) y de lo que nos cuenta (o nos

1 El citado libro es uno de los varios volúmenes que J. J. E. Roy publicó con los recuerdos de las distintas guerras en las que participó el coronel Chalbrand durante la Revolución y el Imperio. Otros títulos de la colección son: *Les Français en Italie, Les Français en Egypte, Les Français en Allemagne o Les Français en Russie*. Queremos señalar que en el año 2003 publicamos junto con María de los Ángeles Arias Álvarez, un artículo titulado “Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia”, *Revista de Estudios Extremeños*, año 2003, tomo LIX, nº III, septiembre-diciembre, pp.1037-1057. Dicho artículo era fundamentalmente la traducción de las páginas en las que se describe el paso del militar francés, entonces capitán, como prisionero de guerra por tierras de la provincia de Badajoz y de la Raya durante los años 1808 y 1809. En este artículo, señalábamos que el nombre del capitán era J. J. E. Roy. Evidentemente, este dato es erróneo ya que, como hemos señalado, J. J. E. Roy es el nombre del editor, mientras que el apellido del verdadero protagonista es Chalbrand. Nuestra confusión

derivó del hecho de que en la edición que utilizamos no figura en ninguna parte el nombre del entonces capitán Chalbrand, y sí el de J. J. E. Roy que aparece en la portada interior precedido de la preposición “par”, tal y como vemos en esta transcripción: “*Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814) par J. J. E. Roy, Tours, Ad Mame et Cie, Imprimeurs-Libraires, MDCCCLVI*. Aprovechamos este foro y esta nota para rectificar dicho error.

cuentan) en sus “recuerdos” sobre sus aventuras en las principales guerras de la Revolución y del Imperio.

De los recuerdos de su paso por España vamos a reproducir la traducción de las páginas que en ellos consagra a la figura de Manuel Godoy, “*personaje famoso, que tiene una gran importancia en la historia de la revolución de España, (y que) es necesario que el lector lo conozca un poco más ampliamente*”.

Esta misma opinión es la que nos ha llevado a traducir las citadas páginas esperando que su versión al español sirva para profundizar en el estudio y el conocimiento de la Guerra de la Independencia y de los personajes de nuestra región que en ella participaron de una u otra manera.

He aquí dicha traducción: (pp. 16-38, capítulos II y III)

“(La paz de Basilea, firmada el 22 de julio de 1795), honorable para España, había sido posible gracias a un joven ministro que había alcanzado rápidamente el favor real: era Emmanuel Godoy, que recibió en esa ocasión el título de Príncipe de la Paz². Ya que acabo de pronunciar el nombre de este personaje famoso, que tiene una gran importancia en la historia de la revolución de España, es necesario que el lector lo

conozca un poco más ampliamente.

Manuel Godoy, nacido en Badajoz en Extremadura, pertenecía a una familia noble de esta provincia³. Había entrado en la Guardia de Corps del rey de España en 1784. Remarcado por el rey y por la reina, obtuvo (p. 16) fácilmente los favores de su soberano, y su ascenso fue rápido. En 1791, fue nombrado ayudante general y Gran Cruz de la Orden de Carlos III. En 1792, Carlos IV le nombró duque de Alcudia⁴, teniente general y ministro de asuntos exteriores, sustituyendo al anciano conde de Aranda, el veterano de la diplomacia española, a quien la edad no había alterado la justeza de espíritu, pero había debilitado la energía del carácter. Este ascenso súbito del joven favorito provocó, como es de suponer, el descontento de los grandes y de toda la corte. ¿Qué motivos, se decía entonces, tiene el rey, que necesitaba la sabiduría de sus más viejos consejeros, para poner el cuidado de los asuntos extranjeros en manos de un joven sin experiencia y sin antecedentes políticos? La malicia, el odio, los celos no dejaron de encontrar o de inventarse según la necesidad razones más o menos reales, más o menos vergonzosas para explicar el extraño favor de Godoy⁵. El rey no tuvo en cuenta los rumores, y cada día colmaba a su protegido de más riquezas,

2 La concesión del título de Príncipe de la Paz tuvo lugar el 4 de septiembre de 1795.

3 Nació en la capital pacense el 12 de mayo de 1767.

4 Sobre la relación de cargos, títulos y honores de Manuel Godoy, ver A. A. V. V., *La imagen de Manuel Godoy*, Badajoz, 2001, "Cronología", pp. 15-33.

5 Sobre las razones del monarca para dar cada vez mayor poder a Godoy, ver Emilio LA PARRA LÓPEZ, "La aventura personal de Manuel Godoy. Consideraciones sobre un encumbramiento personal", en A. A. V. V., *Manuel Godoy y su tiempo*, (vol. 2), Badajoz, 2003, ERE, (Colección

Estudio, 23), pp. 447-ss.

poderes y honores. Hemos visto que tras el tratado de Basilea, Godoy había sido sombreado Príncipe de la Paz. Al año siguiente, tras la firma del tratado de San Ildefonso⁶, que en cierto modo renovaba el pacto de familia con Francia (¡el pacto de familia entre la rama más joven de los Borbones y la Revolución que acababa de exterminar a la rama más antigua, entre el rey católico y el Directorio, enemigo de los curas!), Carlos IV quiso que su ministro fuera aliado de la familia real, y le hizo casarse con la condesa de Chinchón, doña María-Teresa de Vallabriga Borbón, hija del infante don Luis, y descendiente de Felipe V. En 1798, como el Príncipe de la Paz había levantado algunas sospechas en el gobierno francés, el Directorio solicitó y obtuvo del rey de España su cese del ministerio. Pero a pesar de (p. 17) haber perdido el título de ministro, Godoy no había perdido su poder; al contrario, su crédito no había hecho más que aumentar. Carlos IV lo nombró generalísimo del ejército de tierra y de la armada⁷; convertido en el *alter ego* del rey, aunque ya no estuviera al mando del ministerio, era él quien nombraba y cesaba ministros, y quien gobernaba en realidad el reino.

El Directorio no tuvo tiempo de quejarse del cambio que no respondía a sus intereses ya que el poder se le escapó para pasar a manos del vencedor de Arcole y de las Pirámides. Carlos IV aplaudió con entusiasmo el 18 de brumario, y la ascensión de un hombre que sabía comprimir con firmeza las facciones y destruir el espíritu revolucionario.

La existencia de un poder más concentrado y más enérgico en Francia afianzó los lazos de la alianza franco-española. Durante todo el mandato del Consulado y los primeros años del Imperio, España puso al servicio de Francia sus soldados, sus tesoros, su armada. Esta armada sucumbió en Trafalgar (el 21

de octubre de 1805) junto a la armada francesa y España compartió así nuestros desastres en el mar sin compartir nuestros triunfos en el continente. En efecto, el emperador Napoleón, el mismo día en que se enteró del desastre de Trafalgar, acababa de derrotar en Ulm a un ejército austriaco; algunos días más tarde derrotaba en Austerlitz a los emperadores de Austria y de Rusia, y nuevos triunfos le esperaban todavía en Italia.

El rey de Nápoles, contrariamente al tratado firmado con Napoleón el 21 de septiembre de 1805, cuando supo la declaración de guerra a Austria, recibió en sus estados un ejército ruso e inglés, e intentó invadir Toscana y atacar la reta-

6 El Tratado de San Ildefonso, firmado el 1 de octubre de 1800, tenía carácter secreto, y en él se pusieron las bases del denominado acuerdo de Madrid (21 de marzo de 1801). En este Tratado, Napoleón favorecería la creación del reino de Etruria como ampliación del ducado de Parma, que quedaría vinculado a la corona española (la hija de Carlos IV estaba casada con el duque de Parma). A cambio, España se obligaba a contribuir a la formación de cuatro escuadras franco-españolas y se declaraba la guerra a Portugal por su claro apoyo naval a los ingleses.

7 El día 4 de octubre de 1801.

guardia del ejército francés mandado por Masséna. El emperador había tenido conocimiento de esta agresión algunos días antes de la batalla de Austerlitz. Guardó silencio; pero cuando (

p.18) hubo vencido a Austria y a Rusia, el mismo día en que los plenipotenciarios firmaban el tratado de Presbourg, publicó una proclama en la que reprochaba al rey de Nápoles su falta de fe, y que acababa así: “¡La dinastía de Nápoles ha cesado de reinar! Su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y el honor de la corona”. Bastaron algunas semanas a los ejércitos franceses para cumplir esta amenaza; Fernando (Fernando I, de Borbón-Dos Sicilias), expulsado de su capital, tuvo que huir a Sicilia, y José Bonaparte, hermano del emperador, fue nombrado rey de Nápoles y reconocido como tal por todas las potencias de Europa en paz con Francia.

Sólo España dudó en reconocer al nuevo rey. Lo que había ocurrido en Italia había hecho reflexionar a Carlos IV, pues era la misma familia la que reinaba en Nápoles y en Madrid. Incluso se dice que Napoleón, enterado de la negativa del rey de España a reconocer a José, respondió: “Bien, si se niega a reconocer a mi hermano como rey de Nápoles, su sucesor lo hará”.

Carlos IV, herido en sus afectos familiares, amenazado con correr la misma suerte que su hermano el rey de Nápoles, prestó oídos más fácilmente a las potencias que trataban de arrastrarlo a una coalición contra Francia. Negociaba con Strogonoff, que había sido enviado por Rusia, y encargaba a Agustín Argüelles que fuera a Londres para entablar negociaciones con Inglaterra. Finalmente, sin esperar el resultado de estas gestiones, antes de que nada estuviera preparado para la guerra, en uno de esos arranques de imprudencia que han supuesto en ocasiones la ruina de un Estado, el Príncipe de la Paz publicó un manifiesto en el que llamaba a los españoles a las armas para combatir a un enemigo que no nombraba, pero que señalaba claramente⁸. (p. 19)

Fue al comienzo de la campaña de Prusia cuando el emperador conoció la proclama del Príncipe de la Paz. Si el gabinete español había pensado que innumerables reveses esperaban al ejército francés en este nuevo campo de batalla, pronto se vio desengañado. Sólo habían pasado unos días desde la publicación de este documento, cuando la noticia de la batalla de Jena y de la conquista de Prusia llegó a Madrid. El, rey, la reina, el favorito, los ministros, todos que-

daron consternados. Godoy no pensaba más que en la manera de apaciguar a Napoleón, al que suponía muy irritado contra él, ya que él había sido el único firmante de la proclamación y que hablaba en su propio nombre. Envió a Berlín a don Eugenio Izquierdo, su agente particular y confidencial, para tratar de calmar al emperador. Sembró oro y presentes entre los agentes de la diplomacia france-

8 Ver al respecto, Emilio LA PARRA LÓPEZ, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets Editores, Tiempo de Memoria, pp. 329-330.

sa. Se rebajó delante del héroe de Austerlitz y de Jena, le suplicó, le pidió clemencia.

Napoleón, no viendo todavía decidida la lucha que sostenía en el norte, mientras no hubiera firmado la paz con Rusia, no creyó que fuera posible para Francia combatir al mismo tiempo en los Pirineos y en el Vístula, en Cádiz y en Moscú. Aceptó las explicaciones del Príncipe de la Paz, y dejó su venganza hasta el día en que ésta fuera compatible con su política. Pero a pesar de todo quiso despojar a España de una parte de sus fuerzas, y lanzarla aún más en su sistema continental, que acababa de completar con su famoso tratado de Berlín⁹.

En consecuencia, exigió, en virtud del tratado de San Idelfonso, que España le suministrara tropas auxiliares. Feliz de poder escapar a tan bajo precio a una ira que había temido tanto, el Príncipe de la Paz se apresuró a poner a disposición de Napoleón un cuerpo de quince a dieciséis mil (p. 20) hombres, la élite de los

soldados españoles, mandados por La Romana¹⁰, general reconocido. Estas tropas fueron enviadas a orillas del Báltico. Al mismo tiempo, José Bonaparte fue reconocido rey de las Dos Sicilias. El decreto de Berlín, que obligaba al bloqueo permanente de Inglaterra, y condenaba a las llamas a los productos de la industria inglesa, fue proclamado y ejecutado en España. Tantas concesiones parecieron satisfacer al emperador francés, quien se dignó en señalarlo al rey Carlos IV y a su favorito.

Uno se pregunta cómo el rey de España pudo estar tan ciego ante este hombre, cuya inconcebible ligereza, después de haber comprometido a la monarquía, no encontró, para reparar su falta, más que concesiones humillantes al hombre que le había ofendido. Loco de contento, Carlos IV, no sabiendo muy bien cómo recompensar al hombre que veía como el salvador de su monarquía, le dio el título de Alteza Serenísima, y, mediante una real cédula, le nombró protector del comercio. El favorito fanfarrón, quiso hacer, en los primeros días de 1807, en calidad de Alteza Serenísima, una especie de entrada triunfal en Madrid, en medio de una enorme cantidad de personas atraídas por la novedad del espectáculo, y a las que él hubiera con gusto llamado su pueblo.

9 Mediante este tratado, firmado el 21 de noviembre de 1806, se decretaba el bloqueo continental, la prohibición de todo comercio y correspondencia con las Islas Británicas.

10 **Pedro Caro y Sureda**. Nacido el 30-X-1761 en Palma de Mallorca, fallecido el 23-I-1811. III

Marqués de la Romana, y Teniente General. En 1793, pidió su pase al ejército de tierra para

combatir a los franceses, campaña en la que ascendería hasta teniente general, destacando

como

brigadier al frente de una agrupación de Cazadores. En 1800, fue nombrado capitán general de

Cataluña. En 1807, fue puesto al mando del ejército expedicionario que guarnecería las costas

bálticas en apoyo de los franceses que luchaban contra Inglaterra. Enterado en Dinamarca de

estallido de la Guerra de la Independencia, logró llegar a España con 9000 de sus hombres tras multitud de vicisitudes. Más tarde, recibió el mando de uno de los ejércitos, el de la Izquierda, que

luchaban contra los invasores franceses. Murió en Cartaxo (Portugal) el 23 de enero de 1811.

Este fue el apogeo, la plenitud del poder de Godoy. Los títulos y los honores habituales en la monarquía no bastaban a la inagotable bondad de sus amos, y le habían creado el título de Príncipe de la Paz. Era la primera vez, desde el origen de la monarquía española, que ese título de príncipe era llevado por un súbdito de origen español. Una porción de los poderes públicos le había sido concedida como si fueran un don; armas en su coche, prerrogativas en palacio que sólo se daban a los miembros de la familia real, honores militares exclusivos, (p. 21) y finalmente un cuerpo militar destacado especialmente para proteger su persona¹¹, lo habían elevado a un rango al que nadie podía aspirar. La dignidad de gran almirante, suprimida desde hace mucho tiempo, había sido restablecida en su favor. Era generalísimo del ejército, y además jefe particular de todos los ejércitos, director de todos los servicios. También se le había nombrado protector del comercio y de las colonias. Así el monarca había depositado en sus manos la plenitud del poder real, en un país en el que el rey era absoluto. En la cima de su poder, Godoy no olvidó a sus parientes. Sus tíos fueron minis-

tros; su hermano, nombrado duque de Almodóvar del Campo, fue nombrado comandante del regimiento de guardias españoles; sus hermanas se casaron con grandes de España. Nunca en España, donde, según la expresión de un célebre escritor, la raza de los favoritos es indigna¹², se vieron tantos honores y poder acumulado sobre uno de ellos, pero nunca tampoco se había acumulado contra él más odio en todos los rangos de la sociedad. Pues desde los más grandes del reino, con el propio heredero al trono a la cabeza, hasta el simple artesano de

los pueblos, hasta el último agricultor de los campos, Godoy era detestado; los unos trabajaban para derribarlo, los otros esperaban con impaciencia el día en que pudieran celebrar su caída.

El Príncipe de la Paz no se hacía ilusiones sobre su posición; la política le aconsejaba preparar se un refugio que la edad avanzada y las enfermedades del rey harían pronto necesario. Este refugio, ¿no podía encontrarlo bajo la protección del hombre que era ahora el árbitro de Europa, y que distribuía a su antojo los principados y los reinos? ¿Por qué Godoy, que presidía los destinos de España y que rendía inmensos servicios a Francia, no podía obtener un principado (p. 22), como Talleyrand había obtenido el de Benevento, como Fouché había recibido el ducado de Otranto¹³? Vamos a ver que por un momento pudo creer en la realización de ese sueño.

11 Se trata de los Cazadores de la Guardia de Honor del Excelentísimo Príncipe de la Paz, Generalísimo de los Ejércitos.

12 El general Foy, *Histoire de la guerre de la Péninsule*, t. II.

13 **Charles Maurice de Talleyrand-Périgord**; (París, 1754-1838) Eclesiástico, político y diplomático francés. Aunque vivió siempre como un sibarita, libertino y carente de escrúpulos, ascen-

dió en

la jerarquía impulsado por su origen nobiliario: en 1789 fue nombrado obispo de Autun. En los Estados Generales que convocó Luis XVI en 1789 representó al estado eclesiástico. Fue elegido

presidente de la Asamblea Constituyente, apoyó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y su

Se había firmado en Tilsitt la paz entre Francia y Rusia, entre Francia y Prusia. Alejandro y Federico-Guillermo se habían sumado al sistema continental, y de esta manera, todas las costas del continente europeo se hallaban cerradas al comercio inglés. Sólo Portugal era accesible a la influencia directa de Gran Bretaña; allí era donde Napoleón debía tratar de alcanzar a su rival. Sus proyectos sobre ese reino habían sido debatidos en las conferencias de Tilsitt; Alejandro no estaba en contra de lo que Napoleón pudiera hacer al sur de su imperio, siempre y cuando éste no le molestara en sus aspiraciones sobre Finlandia.

Tan pronto como llegó a París, el emperador juntó en Bayona un primer cuerpo de ejército de veinticinco mil hombres, con el nombre de *cuerpo de*

sometimiento al nuevo Estado surgido de la Revolución. El papa Pío VI le excomulgó por aquella actitud (1791), momento en que Talleyrand abandonó el obispado. Desde entonces se dedicó a la diplomacia, en la que demostró una gran habilidad y capacidad de supervivencia bajo diferentes

es regímenes políticos. Abandonó Francia cuando la Revolución tomó un rumbo radical bajo la dictadura de Robespierre (1792-94); Talleyrand regresó a Francia y sirvió como ministro de Asuntos Exteriores bajo el régimen del Directorio (1797-99). El acceso al poder de Napoleón no le apartó del cargo, en el cual permanecería como uno de los grandes dignatarios del Consulado y del Imperio. En 1806 recibió el título de “príncipe de Benevento”. Cuando los ejércitos aliados derrotaron a Napoleón en 1814, Talleyrand contribuyó a restaurar a los Borbones en el Trono de Francia. Siguió siendo miembro de la Cámara de los Pares y participó en la oposición liberal contra el absolutismo de Carlos X. Apoyó la Revolución de 1830 que llevó al Trono a Luis Felipe de Orléans; y colaboró con el nuevo régimen constitucional. Se retiró de la política en 1834.

Joseph Fouché, duque de Otranto; (La Martinière, Bretaña, 1759 – Trieste, 1820). Era religioso de la orden de los oratorianos. Al estallar la Revolución en 1789, la apoyó con ardor, integrándose en

el Club de los Jacobinos. Su participación política activa comenzó cuando la Revolución evolucionó hacia posiciones más radicales en 1792: fue diputado de la Convención (del partido radical de la Montaña), miembro del Comité de Instrucción Pública y votó por la ejecución de Luis XVI. Duran-

te la dictadura del Comité de Salvación Pública fue uno de los representantes enviados a provincias para implantar el Terror. Sintiendo en peligro, Fouché participó en el golpe de Estado de *thermi- dor* que puso fin a la dictadura de Robespierre y su Comité (1794). Una vez liquidado el régimen en de

la Convención e implantado el Directorio, los nuevos dirigentes también desconfiaron de este político hábil y calculador, al que encarcelaron en 1795 como partícipe de la política robespierrista

(1795). En 1799 fue nombrado ministro de la Policía y tejió por toda Francia una eficaz red de

agentes, que puso al servicio del golpe de Estado que llevó al poder a Napoleón Bonaparte; éste

formó inmediatamente un gobierno provisional con Fouché al frente de la policía, ministerio que ocupó en 1799-1802 y 1804-09. Dicho puesto significaba

que Fouché controlaba el poder de hecho en Francia durante las largas ausencias del emperador, ocupado en misiones bélicas y diplomáticas.

Su caída en desgracia tuvo que ver con la desconfianza del emperador ante las continuas intrigas

entre Fouché y Talleyrand. En 1809 fue apartado de París, encargándole el gobierno de las Provincias

Ilíricas (actual Croacia), anexionadas por Francia. Desde 1810 conspiró para el retorno de los

Borbones, aunque aceptó volver a ser ministro del Interior cuando Napoleón regresó de su destierro en Elba y recuperó el poder (Imperio de los Cien Días, 1815). Demostró

gran capacidad de supervivencia política al encabezar el gobierno provisional que se formó tras la derrota definitiva de Napo-

león en la batalla de Waterloo; negoció el traspaso de poderes con los aliados y contribuyó al retorno

del rey Luis XVIII. En 1816 se exilió huyendo de la Ley de Luis XVIII contra los regicidas, estableciéndose en el Imperio Austriaco (en la ciudad de Trieste, antigua capital de su gobernación

ilírica).

observación de la Gironde. Al mismo tiempo, se negociaba para regular mediante un tratado de qué manera contribuiría España a la guerra y cómo se repartirían las conquistas. Este tratado se firmó, no entre el embajador oficial de España, el príncipe Masserano, y el ministro de asuntos exteriores de Francia, como sería lo ordinario, sino entre el general Duroc, gran mariscal del palacio del emperador, y don Eugenio Izquierdo, agente del Príncipe de la Paz, a escondidas del embajador y del ministro.

La negociación se llevó a cabo en la sombra. Duroc sólo informaba al emperador; Izquierdo al Príncipe de la Paz, y sólo a él. Los dos negociadores concluyeron, el 27 de octubre de 1807, en Fontainebleau, un tratado que borraba a Portugal de la lista de (p. 23) las potencias. De las seis provincias que componían ese reino, la más septentrional, llamada Duero y Minho, se le daba en propiedad y soberanía, incluida la ciudad de Oporto, al rey de Etruria, infante de España, convertida en reino con el título de Lusitania septentrional. Las provincias de los Algarves y el Alentejo se convertirían en un principado cuya soberanía, con derecho de transmisión a sus descendientes, se darían al Príncipe de la Paz con el título de príncipe de los Algarves. El resto de Portugal sería secuestrado para ser restituido, cuando se firmara una paz general, a la casa de Braganza, a cambio de Gibraltar, la isla de Trinidad y otras propiedades marítimas conquistadas por los ingleses a los españoles. El emperador de los franceses debía tomar posesión rápidamente del reino de Etruria, y el rey de España tomaría el título de emperador de las dos Américas.

Este tratado de reparto de Portugal se firmó en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807; pero ya desde el día 18 el cuerpo de observación de la Gironde había atravesado el Bidasoa a las órdenes de Junot. En todas partes por las que pasaban, el ejército francés era saludado con júbilo por los habitantes de todas las clases sociales. El nombre y la gloria de Napoleón habían adquirido en aquella época una popularidad extraordinaria en España. Los españoles son religio-

... y caballescicos en grado sumo: tanto horror les habían inspirado la irreligiosidad y las escenas sangrientas de 1793, tanta veneración tenían hacia aquél que había destruido la hidra revolucionaria, que había elevado de nuevos altares del verdadero Dios, y recibido la unción de manos del soberano pontífice. Además las brillantes victorias de los ejércitos franceses y de su ilustre jefe excitaban el más vivo entusiasmo, y de todas partes acudía la gente hacia las (p.

24) carreteras atravesadas por nuestros soldados para saludarles con gritos de bienvenida y desearles nuevos triunfos.

Pero mientras que los franceses entraban tan apaciblemente en España, y cuando Junot apenas había pasado de Vitoria, un acontecimiento de la mayor gravedad vino a ocupar la atención del público, y a provocar una serie de acontecimientos imposibles de prever. El 30 de octubre, el enemigo más implacable de Godoy, el príncipe de Asturias, es arrestado fulminantemente como jefe de

un complot que pretendía destronar a su padre. El mismo día, el rey Carlos IV presenta a sus consejeros un comunicado en el que se encuentran los siguientes pasajes: *“...La vidamía, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que, preocupado, obcecado y enajenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto, hallé en su poder la cifra de inteligencia e instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué a examen a mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagación. Todo se hizo, y de ella resultan varios reos, cuya prisión he decretado así como el arresto de mi hijo en su habitación...”¹⁴”*

El mismo día, Carlos IV escribía al emperador Napoleón una carta en los siguientes términos: *“Señor hermano mío, en el momento me ocupaba en los medios de cooperar ala destrucción de nuestro enemigo común, cuando creía que todas las tramas de la exreina de Nápoles se habían roto con la muerte de (p. 25) su hija⁵, veo con horror que hasta en mi palacio ha penetrado el espíritu de la más negra intriga. ¡Ah! Mi corazón se despedaza al tener que referir tan monstruoso atentado. Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono había formado el horrible designio de destronarme, y había llegado al extremo de atentar contra los días de su madre. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. La que le llamaba a sucederme debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazón y en el trono. Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increíble maldad, y no quiero perder un sólo momento en instruir a V. M. I. y R¹⁶. suplicandole me ayude con sus luces y sus consejos. Sobre lo que ruego, etc.”*

He aquí lo que había precedido y dado de sí este suceso extraordinario, que traía el recuerdo de Felipe II y del infortunado don Carlos¹⁷.

Fernando, príncipe de Asturias, de apenas veintitrés años, era desde hacía dieciséis meses viudo de una hija de la reina de Nápoles (María Antonia de la Dos Sicilias†1806). El rey su padre, por instigación de Godoy, quiso que se desposara en segundas nupcias con doña María Luisa de Borbón, hermana menor de la mujer del príncipe de la Paz. Este matrimonio, en cierta manera, no

14 Este decreto de 30 de octubre, parece ser que fue redactado siguiendo las instrucciones de Godoy, quien, pese a no encontrarse en El Escorial, se hizo cargo del asunto rápidamente. Cf. Emilio LA PARRALÓPEZ, *op. cit.*, p. 368.

15 El príncipe de Asturias había desposado en primeras nupcias María-Antonieta de Nápoles, hija de la reina Carolina, enemiga implacable de Napoleón y de los franceses.

16 Su Majestad Imperial y Real.

17 Felipe II mandó el 18 de enero de 1568 encerrar a su hijo Don Carlos en sus aposentos porque a causa de su demencia, se había convertido en un ser peligroso.

hería las conveniencias, pues la esposa designada era nieta de Felipe V; pero el joven príncipe se enfadó contra un acuerdo cuyo efecto sería el de acercarle al hombre que el veía como un enemigo mortal y como el azote de la monarquía. (p. 26)

Sus consejeros aprobaron su justa repugnancia. Le sugirieron, para librarle de la obsesión del rey y de su favorito, la feliz idea de pedir al emperador de los franceses una esposa de su casa y de su elección, haciéndole entender que ese monarca se sentiría halagado con una marca de condescendencia que aseguraría la duración de su preponderancia en España, al mismo tiempo que una princesa de sangre imperial serviría a Fernando de Égida contra la perdición de sus padres y contra los ataques de Godoy.

François de Beauharnais era entonces el embajador de Francia en Madrid. Si no fue el autor del proyecto, al menos ayudó en él con una pasión que no dejaba de ser interesada; pues en las conferencias que hubo sobre el príncipe de Asturias, le aconsejó pedir al emperador la mano de Mlle. Tascher de la Pagerie, sobrina de la emperatriz Josefina.

El príncipe de la Paz, informado de todas estas intrigas por sus espías, no se alarmaba en absoluto; mantenía una correspondencia particular con el gran mariscal Duroc, y recibía informes de su negociador Izquierdo. El tratado de Fontainebleau, que empezaba a ejecutarse, contribuyó bastante a afirmarle frente a sus enemigos; pero Fernando podía frenar su ejecución: El medio más rápi-

do de acabar con esta dificultad era buscar la pérdida del príncipe. El favorito creyó por fin haber encontrado la ocasión.

Los amigos de Fernando, apremiados por cumplir su deseo, y apoyándose en el consentimiento que el embajador de Francia parecía dar, hicieron escribir al príncipe de Asturias, el 11 de octubre, una carta a Napoleón en la que *pedía a*

S. M. I. el honor de aliarse a su augusta familia. Godoy no tardó en enterarse de la existencia de dicha carta por sus espías. (p. 27).

Este paso tan simple, en el que Fernando no había cometido otro error que el de haberse ocultado a sus padres, no haberles pedido su consejo y su consentimiento, fue transformado por el pérfido favorito en un crimen capital. Engañado por estas mentiras, el crédulo Carlos IV fue persuadido de que se había tratado nada menos que de arrancarle la corona, e incluso de atentar contra sus días y contra los de la reina. Habiéndose puesto al frente de sus guardias, arrestó él mismo a su hijo y a varios de sus confidentes, entre otros al canónigo Escoiquiz, su antiguo preceptor, y al duque del Infantado; después escribió a Napoleón la carta que hemos transcrito, y publicó un decreto en el que convocaba al consejo de Castilla para juzgar a su hijo y a sus cómplices.

No podemos decir cuál hubiera sido el final del proceso de El Escorial en otras circunstancias. La reina odiaba mortalmente a su hijo; Carlos IV no pen-

saba y no veía más que por los ojos y la voluntad de su favorito. Pero el nombre de Napoleón se había visto mezclado en esta intriga; el extremo peligro que se hubiera corrido hiriendo la susceptibilidad del emperador fue la salvación de Fernando. El príncipe de la Paz, asustado por la implicación que el embajador de Francia había tomado en el asunto, se apres

uró a atajar el proceso. Se hizo firmar al príncipe de Asturias unas actas de arrepentimiento que habían sido redactadas por Godoy. Se confesó culpable, denunció a sus cómplices, y prome-

tió una amistad inalterable al príncipe de la Paz. Esta reconciliación se parecía bastante a la de aquellos personajes puestos en escena por LeSage, quien hace decir a uno de ellos: “Nos han reconciliado, nos abrazamos y desde entonces somos enemigos mortales¹⁸”. A este precio la libertad fue devuelta a Fernando,

y sus amigos fueron dispersados en varios lugares de exilio. Por otra parte, esta medida fue ejecutada con tan poco rigor, que (p. 28) el príncipe de Asturias no dejó de escribirse con Escoiquiz y con los otros individuos de su partido. Pronto Carlos IV, cediendo a su bondad habitual, pareció olvidar el complot de El Escorial, y él mismo, llevado por la fuerza de las circunstancias, escribió al emperador, pidiendo para Fernando la mano de una princesa de sangre imperial.

Napoleón, que por entonces se encontraba en Italia, y que sin duda todavía no había parado de manera definitiva las intenciones que tenía respecto a España, propuso a Lucien que diera la mano de su hija al príncipe de Asturias; pero los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez que este proyecto de alianza fue abandonado tan pronto como fue concebido.

Muchos historiadores han pretendido que Napoleón había asumido la tarea, en estas circunstancias, de dividir y liar todavía más a la familia real, para así conseguir más fácilmente su ruina. Yo estoy convencido de que Napoleón no sabía nada de las intrigas de El Escorial, como tampoco supo nada más tarde de los sucesos de Aranjuez; pero que estas disensiones de la familia real hayan determinado su política en relación a España, de esto no tengo la menor duda.

El príncipe de la Paz había creído perder a Fernando con el asunto de El Escorial; lo único que había conseguido era convertirse en más impopular, y con él el rey y la reina de España, mientras que Fernando había crecido ante la nación. (p. 29).

La agitación causada por el complot de El Escorial no frenó ni un instante la marcha de los franceses. Junot penetró en Portugal sin encontrar resistencia; y, el 30 de diciembre, llegó a Lisboa, que el príncipe regente de Portugal acababa de abandonar para refugiarse en Brasil con toda la familia real. Los españoles por

su parte, bajo el mando del marqués del Socorro y de Francisco Taranco,

18 Se trata de los diablos Asmodeo y de Pillardoc, dos personajes de la novela de Alain René Lesage, *Le diable boiteux*, que se habían enfrentado entre sí por un niño de París en el capítulo III de dicha obra.

habían tomado parte en dicha invasión, tal y como había sido convenido en el tratado de Fontainebleau.

Una vez conquistado Portugal, el emperador no tenía ningún pretexto para mandar nuevas tropas a la Península. Sin embargo, un segundo ejército, bajo el nombre de *segundo cuerpo de observación de la Gironda*, había penetrado en España a finales de diciembre de 1807 y (p. 30) principios de enero de 1808. Este cuerpo, del que yo formaba parte, no estaba en absoluto destinado a reforzar al ejército de Portugal; se ha visto que no abandonamos ni un instante el camino de Madrid, y que nos habíamos acercado poco a poco a esta capital. Nuestro ejército había sido seguido a poca distancia por un tercer ejército llamado *cuerpo de observación de las costas del Océano*, bajo el mando del mariscal Moncey. Al mismo tiempo, en el otro extremo de los Pirineos, en Perpiñán, tropas francesas e italianas se reunían bajo el nombre de *división de los Pirineos orientales*, y avanzaban por Cataluña, bajo la dirección de los generales Duhesme, Chabran y Lecchi. Para paliar estas infracciones del tratado de

Fontainebleau, el *Moniteur*¹⁹ publicó, el 24 de enero de 1808, un informe de M. de Champagné al emperador, en el que se indicaba que los ingleses se prepara-

ban para atacar las costas de Andalucía, de manera que el emperador debía vigilar toda la Península. Por otra parte, esta precaución era casi innecesaria, ya

que los espíritus estaban poco dispuestos a concebir la menor sospecha sobre un despliegue tan grande de fuerzas, que se llevaba a cabo sin ruidos, y del que ni

los españoles ni los franceses parecían darse cuenta. Sin embargo algunos

hechos extremadamente graves ocurrían en Cataluña y debían haber servido para abrir los ojos a los menos clarividentes. Los fuertes de Barcelona, de San Fernando, de Figueras y la ciudadela de Barcelona habían sido cogidos por sorpresa y quedaron en poder de los franceses.

Cada día nuevas tropas entraban en España. Ya había más de cien mil franceses, que eran acogidos en todas partes como aliados, como amigos. Nosotros los oficiales, al igual que los generales, no sabíamos qué misión (p. 31) nos esperaba. Pero no oyendo en casa de nuestros anfitriones más que maldiciones en contra del indigno favorito, el autor de todos los males de la patria, no podíamos más que unirnos por simpatía a la indignación popular, y gran parte de nosotros repetía, contagiados por la fuerza de un pueblo tan comunicativo, que el ejército venía a España a hacer justicia frente a un malvado.

Los cuerpos de tropas que habían entrado en la Península uno tras otro formaban otros tantos ejércitos distintos, cada uno con su comandante, su estado mayor y su administración. Cuando Napoleón pensó que se acercaba el momento de hacer funcionar a todos estos ejércitos a la vez, les dio un jefe: era,

19 Periódico fundado en 1789 durante el período revolucionario. Diez años más tarde, en 1799, se convirtió en el Journal Officiel, y fue utilizado con frecuencia por Napoleón con

fines propagandísticos.

como ya he dicho, el príncipe Murat, gran duque de Berg, cuñado de Napoleón, quien fue enviado a España con el título y la autoridad de teniente del emperador. Al mismo tiempo, para prolongar la seguridad de la nación española, Napoleón hizo presentar al rey y a la reina, por medio de un chambelán, doce caballos de los más hermosos, y escribió a Carlos IV diciéndole que pronto le haría una visita, y que iban a arreglar juntos, de forma amigable y sin las convenciones de las formas diplomáticas los asuntos de España y Portugal. Esta franqueza y estas preocupaciones tan graciosas tranquilizaron por completo a la corte de Madrid.

Pero esta seguridad no duró mucho y la llegada de Izquierdo, el agente preferido de Godoy, el negociador del tratado de Fontainebleau, hizo desvanecerse todas las ilusiones. Traía nuevas proposiciones del gobierno francés, que no eran en absoluto un *ultimátum*, pero que anunciaban los nuevos intereses de Napoleón sobre la Península. He aquí el texto de las notas redactadas según las transmisiones verbales del gran mariscal de palacio, Duroc: “El emperador (p.

32) quiere cambiar Portugal por las provincias al norte del Ebro, a fin de ahorrar el inconveniente de un camino militar a través de Castilla. Su Majestad desea que los franceses y los españoles comercien libre y recíprocamente en las colo-

nias de cada una de las dos potencias, pagando los derechos a los que están

sujetos los indígenas. Un nuevo tratado ofensivo y defensivo le parece necesario para unir más estrechamente España al sistema federativo continental. La tranquilidad de su imperio depende de que el orden de sucesión al trono de España sea fijado de manera irrevocable. Su Majestad está dispuesto a permitir que el rey lleve el título de emper

ador de las Indias occidentales, y a dar a su sobrina como mujer al príncipe de Asturias; pero este matrimonio será objeto de una negociación especial”.

Godoy quedó aterrado al leer estas notas, y más todavía al oír el comentario que le hizo su confidente Izquierdo; pues este último estaba demasiado versado en la intriga como para no intuir que Napoleón quería disponer a su antojo de toda la Península, y hacer de ella, como había hecho con Italia y con el reino de Nápoles, un anexo de su imperio. El príncipe de la Paz no veía en los futuros deseos del emperador más que amenazas para él mismo, pues su principado de los Algarves se desvanecía en humo, y no podría evitarlos resentimientos de su enemigo, el príncipe de Asturias, convertido en aliado del emperador. Ante esta situación de peligro para la monarquía, el favorito no pensó más que poner su persona a salvo, y en buscar en otro hemisferio el poder y las alegrías de la fortuna que estaban a punto de escapársele en éste. Aconsejó a Carlos IV y a su mujer que se refugiara en América con toda la familia real, tal y como acababa de hacer la familia real portuguesa. ¿Quién sabe si este consejo, dictado (p. 33) por el egoísmo del favorito, no hubiera tenido en definitiva buenos resultados para los pueblos y para los soberanos? España no hubiera combatido con menos

heroísmo por sus príncipes exiliados que lo ha hecho por sus príncipes cautivos; Méjico, Perú y todas las demás provincias de la América española, habrían acogido con entusiasmo a su legítimo soberano, y nunca hubieran soñado en adoptar esa forma de gobierno republicano, tan poco compatible con los costumbres y usos de los habitantes de esas regiones. Si una separación de la madre patria hubiera sido juzgada necesaria, hubiera habido estados suficientes para dotar a todos los miembros de la familia real, con títulos de reyes o de emperadores; hubieran prosperado como ha prosperado el imperio de Brasil, fundado

en condiciones y circunstancias idénticas; y no tendríamos hoy día el espectáculo penoso de esas repúblicas efímeras, que cambian cada instante de nombre, de jefe, de constitución, y que desde hace medio siglo son presa de la anarquía y de las revoluciones. Pero dejemos estas conjeturas más o menos probables para entrar en la realidad de los hechos consumados.

Carlos IV no tenía más voluntad que la de su favorito; acogió con complacencia su proyecto de emigración a América, y soñó con ponerlo en ejecución rápidamente. La corte residía en ese momento en Aranjuez, palacio real a orillas del Tajo, a algunas leguas de Madrid. Se hizo venir a una parte de las tropas que estaban acuarteladas en la capital, a fin de que sirvieran de escolta a la corte en su viaje hasta Cádiz, donde debía embarcarse. A pesar del secreto con que se llevaron a cabo los preparativos, el pueblo se enteró. Los habitantes de Aranjuez y de los alrededores acudieron en masa al palacio, para saber si era verdad que su rey quería (p. 34) abandonarlos. Carlos IV los tranquilizó mediante una proclama dada en Aranjuez el 16 de marzo. Sin embargo se continuaba preparando el equipaje, y las postas estaban preparadas en el camino de Sevilla. Se corrió el rumor de que la marcha tendría lugar la noche del 17 al 18 de marzo. El príncipe de Asturias dijo a un guardia real que encontró en la sala de la guardia: *“Es esta noche cuando tendrá lugar el viaje; pero yo no quiero partir; Godoy es un traidor, quiere llevarse a mi padre; impedidle que ejecute su proyecto”*. Estas palabras corrieron pronto de boca en boca, y elevaron al más alto grado la exasperación del pueblo y de los soldados. No hacía falta más que una chispa para encender una terrible revuelta; todavía se ignora quién dio la señal de la insurrección. La reina acusa de ello a su hijo Fernando. El Conde de Toreno pretende que fue un tiro de fusil disparado casualmente lo que determinó el movimiento²⁰. Sea como sea, un gentío inmenso, compuesto por gente del pueblo, sirvientes, soldados, atacó la residencia del Príncipe de la Paz, al grito de *¡viva*

el rey! ¡muera Godoy! Se redujo a la guardia, se entró en el palacio, registrando todos los apartamentos para descubrir a Godoy. Fue inútil; no se le encontró. Se cree que se había escapado por alguna salida secreta, y el pueblo saqueó el

palacio sin dejar ningún mueble, ni ningún objeto precioso.

20 Sobre este hecho puntual, ver Emilio LA PARRA LÓPEZ, *op. cit.*, p. 389, n. 127.

Las mismas escenas se repitieron en Madrid en cuanto se supo lo que había ocurrido en Aranjuez. La multitud amotinada se precipitó hacia el palacio del Príncipe de la Paz, así como hacia las casas habitadas por sus parientes y amigos allegados. Rompió los cristales, arrojó los muebles por las ventanas y los quemó en las plazas públicas; los disturbios y el pillaje duraron dos días. Los bustos del favorito fueron atados en las horcas, sus retratos arrojados a las alcantarillas; en varias ciudades (p. 35) se cantó el *Te Deum*, se hicieron fogatas y la caída de Godoy fue celebrada como lo hubiera sido una victoria gloriosa²¹.

Sin embargo, el Príncipe de la Paz no se había evadido, como se había pensado. En el momento en que el tumulto estalló, estaba a punto de acostarse. Se envolvió en un abrigo de muletón, llenó sus bolsillos de oro, se armó con un par de pistolas, y cogió un panecillo de la mesa en la que acababa de cenar. Trató primero de salir por una puerta trasera y de llegar a una casa vecina, pero esta puerta también estaba vigilada; entonces subió a un granero y se escondió en el rincón más oscuro, bajo un rollo de una estera de esparto²². Pasó treinta y seis horas en esta horrible posición. Finalmente, vencido por la sed, se vio forzado a salir de su escondite. Se había dejado su palacio bajo la vigilancia de los compañeros de guardias valonas. Fue reconocido por un centinela que dio la alarma. El pueblo, enterado de que Godoy acababa de ser descubierto, se lanzó sobre él. Lo hubieran masacrado si no hubieran intervenido algunos guardias de Corps que llegaron a tiempo de arrancárselo de las manos a la multitud y de conducir-

lo al cuartel, hasta donde todavía le siguió el populacho. El pueblo no se calmó hasta que el Príncipe de Asturias prometió que Godoy sería puesto en manos de la justicia²³.

Desde el primer momento de la revuelta, el rey, para apaciguar a la multitud, había retirado al Príncipe de la Paz los cargos de generalísimo y de gran almirante, declarando que su intención era la de mandar él mismo sus ejércitos de tierra y de mar. Había explicado estas intenciones al emperador Napoleón en

21 Unas páginas más adelante, durante la descripción de los monumentos de Madrid, Chalbrand vuelve a mencionar las consecuencias del motín al referirse al Jardín Botánico: *“No lejos de (El Buen Retiro) se encuentra el Jardín Botánico, que contribuye a embellecer el Prado. Este jardín está rodeado de una verja de hierro, y los paseantes pueden admirar sus bellezas, aunque son admitidos en el interior. Godoy había enriquecido este establecimiento con una infinidad de plantas exóticas y raras que había querido aclimatar en España; jardines parecidos habían sido creados por él en Sevilla, en San Lúcar de Barrameda y en otras ciudades. En el momento de la caída del favorito, los jardines que había fundado en Andalucía fueron devastados, a pesar de la utilidad reconocida que tenían estos establecimientos. Los invernaderos fueron demolidos, los cristales rotos, las plantas más preciosas (43) arrancadas. Sin embargo este de Madrid fue respetado porque era una antigua fundación de los reyes”* pp. 42-43.

22 Aunque parece ser que la famosa estera no encubría a Manuel Godoy sino a su hermano

Diego.

Cf. Alberto GIL NOVALES, “La historiografía sobre Godoy”, en *Manuel Godoy y su tiempo*, (vol. 2), p. 365.

23 Sobre este episodio de la huida y el arresto de Godoy, ver *Ibid.*, pp. 389-391.

una carta extremadamente obsequiosa: “Persuadido yo de que será muy agradable á mis vasallos, y muy conveniente para realizar los importantes designios (p.

36) de nuestra alianza, encargarme yo mismo del mando de mis ejércitos de tierra y mar, he resuelto hacerlo así y me apresuro á comunicarlo á V. M. I. y

R., queriendo dar en esto nuevas pruebas de afecto á la persona de V. M. de mis

deseos de conservar las íntimas relaciones que nos unen, y de la fidelidad que forma mi carácter, del que V. M. I. y R. tiene repetidos y grandes testimonios”. Se queja, al final de la carta, de dolores reumáticos que, impidiéndole el uso de la mano derecha, no le permiten escribir él mismo a Su Majestad.

Esta carta está fechada el 18 de marzo. Al día siguiente 19, Carlos IV firmó, a favor del Príncipe de Asturias, un acta de abdicación motivada por las enfermedades que lo aquejaban y que no le permitían soportar por más tiempo el peso del gobierno de sus Estados.

Esta acta fue publicada el día 20, y el Príncipe de Asturias fue proclamado rey con el nombre de Fernando VII. El primer acto de su autoridad fue un edicto que confiscaba, en beneficio de la corona, todos los bienes muebles e inmuebles del Príncipe de la Paz.

Pero desde el día 21 (otros dicen que el 23; por otra parte la fecha es poco importante), Carlos IV firmó una protesta contra la abdicación del día 19, declarando que se había visto forzado a ello para evitar males mayores e impedir la efusión de sangre entre sus súbditos; y se apresuró a enviar la protesta al emperador²⁴.

Al enterarse de los acontecimientos de Aranjuez, Murat, que estaba de camino hacia Madrid, se apresuró en llegar a la capital. El 23 de marzo, entró en ella en medio de una gran multitud atraída por la curiosidad. La guardia imperial abría la marcha. Un estado mayor numeroso y brillante rodeaba al teniente del emperador. Venía detrás una división de infantería, varias compañías de artillería a caballo y dos regimientos de coraceros.

24 He aquí el texto: *«Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey, que forzado á renunciar la corona, acude á ponerseen los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposición del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos. Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacían conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido después de la de la reina.*

Yo fui forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mío, yo he tomado la resolución de

conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicación. Me entrego y enteramente confío en el corazón y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserveen su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su muy afecto hermano y amigo. = Carlos»

Cf. <http://elgranerocomun.net/article250.html>. Fecha de consulta: 11/05/2008.

Al día siguiente 24, Fernando hizo su entrada en Madrid a caballo. No se había preparado nada para su recepción; siendo sustituida por la alegría del pueblo. Más de ochocientas (p. 37) mil personas se lanzaron delante del joven rey, haciendo retemblar el aire con sus aclamaciones. La coincidencia de la llegada de las tropas francesa y de los sucesos de Aranjuez hacía creer a una gran parte del pueblo que nosotros habíamos sido la causa de esta feliz revolución, y en sus gritos de alegría que llegaban hasta el delirio, gritaban al mismo tiempo: “¡Viva el rey Fernando! ¡Viva el emperador Napoleón!”.

Sin embargo Murat, testigo de los sentimientos de amor de los habitantes de Madrid hacia sus soberanos, no tomó parte en esta demostración pública. El mismo día de la entrada del rey, él pasaba revista a sus tropas en el magnífico paseo del Prado: más por mostrarlas que por verlas. El general Grouchy fue nombrado comandante militar de Madrid, y las tropas españolas colaboraron con las francesas en el mantenimiento del orden. Por otra parte, nadie se extrañó de que ni Murat ni el embajador francés nos saludaran el advenimiento de Fernando VII; esta reserva en su conducta era conforme a los usos diplomáticos: no debían reconocerlo como rey antes de haber recibido las instrucciones del emperador. Esta circunstancia no cambió pues en nada las buenas disposiciones de los españoles hacia los franceses.

Fue en el momento en que estos acontecimientos acababan de tener lugar cuando llegué a Madrid, como ya he dicho al comienzo del capítulo precedente. Se entiende que no me enteré inmediatamente de todos los detalles que acabo de referir; la mayoría eran ignorados o mal conocidos por los franceses y por los españoles mismos; y no fue hasta mucho tiempo después, cuando los documentos oficiales, patentes o secretos, las memorias y la correspondencia de los diversos personajes que jugaron un papel importante en este asunto, fueron publicados, que la verdad fue conocida por completo”.

En el capítulo IV, Chalbrand vuelve a mencionar a Godoy en varias ocasiones. La primera de ellas es la página 51, en unas líneas en las que explica que

Fernando VII estaba preocupado por la intensísima correspondencia que mantenían sus padres con Murat, y en la que, entre otras cosas, pedían con insistencia la liberación del príncipe de la Paz, a la vez que criticaban su conducta y la de sus consejeros.

Dos páginas más adelante, en la 53, lo vuelve a citar como responsable directo, junto con la reina María Luisa de las denominadas *Abdicaciones de Bayona*:

“Tan pronto como llegó a Bayona, Fernando fue conminado a devolver la corona de España y de las Indias a cambio del pequeño reino de Etruria que el emperador le ofreció. El joven rey rechazó en un primer momento esta proposición deshonrosa, y persistió enérgicamente en su rechazo durante varios días;

pero pronto llegaron también a Bayona Carlos IV y la reina María Luisa, prece-

didos por Godoy, al que Murat había arrancado de su prisión²⁵.-

El resto es conocido: por los consejos del infame favorito, y bajo la influencia de las pasiones odiosas de la reina, Carlos IV se convirtió en un instrumento de la política del enemigo de su casa. El viejo reyforzó a su hijo a que cediera de nuevo la corona que él había abdicado en su favor, después la cedió al emperador Napoleón mediante un tratado firmado el 5 de mayo. Algunos días más tarde, el 10 de mayo, Fernando renunció, mediante un nuevo tratado, a todos sus derechos a la corona de las Españas y de las Indias.- El mismo día, los viejos soberanos se pusieron en marcha hacia Compiègne; al día siguiente, Fernando y sus hermanos salieron hacia Valencia, donde deberían residir". (pp. 53-54).

En las páginas 54 y 55, Chalbrand vuelve a hablar de la liberación de Godoy por Murat, señalando que este hecho creó un gran malestar en el pueblo español que, a partir de ese momento, empezó a dar muestras de un odio cada vez mayor hacia los franceses. Sucesos como la revuelta que tuvo lugar el 21 de abril en Toledo, en la que se asaltaron la casa del corregidor y las de dos ricos propietarios, fueron el prelude de lo que iba a acontecer en Madrid y en el resto de España a partir del 2 de mayo

25 Esta liberación, que Murat "exigió imperiosamente a la junta gubernamental instituida por Fernando, amenazando incluso con emplear la fuerza en caso de necesidad para sacarle de la prisión de Villaviciosa, donde estaba estrechamente vigilado" (p. 54), fue muy mal vista por el pueblo. Murat pasó a ser "execrado por los españoles, porque lo veían como el amigo, el protector, el salvador de Godoy" (p.55).